

Viaje por USA

José María Suárez García

Introducción.-

En el verano de 2010 las familias Suárez y Prieto, Fuente y Suárez, y Zoutberg y Suárez tomamos una decisión aventurada. Decidimos visitar, durante el verano del año siguiente, parte de los estados de California y Arizona. En total seríamos diez los viajeros y, de ellos, tres niños (dos niñas y un niño), de ocho, cuatro y un año. Alquilaríamos una autocaravana y dos automóviles y utilizaríamos los campings como lugares de transitoria residencia, salvo las dos noches siguientes a la llegada y la anterior a la partida de América, que pasaríamos en habitaciones de hotel. En los campings una parte de la expedición se alojaría en la autocaravana, otra en un bungalow y otra en una tienda de campaña.

Voy a hacer un relato torpe de ese viaje, quizá obedeciendo a esa ley que parece que llevamos dentro sin ser conscientes de ello y a la que se refiere Steinbeck cuando dice que se viaja no tanto para ver sino para contarlo después. Lo que sucede es que quizá no haya quien te escuche ni quien te lea, pero, al menos, por intentarlo que no quede.

En algunos momentos el relator se dejará guiar por otro relator, este de verdad, inmenso, genial. Había leído hace ya muchos años alguna obra de John Steinbeck, pero sin prestarle más atención que a otros grandes escritores norteamericanos, hasta que el descubrimiento tardío de *Viajes con Charley* lo convirtió en algo más que un escritor admirado, lo convirtió en un colega, colega de viajes, que no de escritura, entiéndase bien. Y fue así porque para el periplo que el genio de Salinas hizo por USA se sirvió de una autocaravana y desde entonces, quiera o no, pasó a ser, como le sucedió a Cortázar, “uno de los nuestros”.

Da la impresión de que para algunos críticos *Viajes con Charley* es una obra menor, dentro del mundo literario de Steinbeck. No creo que lo sea. La perfección en sí de la escritura, la belleza con que describe paisajes y situaciones, la facilidad con que introduce al lector en su mundo, los geniales diálogos con Charley –Charley es un perro- hacen que esta obra resista sin ningún problema la comparación con cualquier otra.

También pedirá permiso el relator a John Ford para subirse al pescante de su diligencia y atravesar en ella las áridas llanuras que le esperan. La cosa forzosamente tiene que resultar sencilla, gracias a las personas extraordinarias que le acompañarán, entre otras, nada menos que Ringo Kid y Dallas. Así pues, en lugar de pretender

adivinar el destino escrito en las entrañas de pobres animales y de hacer propicia la protección de dioses lejanos y crueles, nada mejor que encomendarse a los no menos divinos Ford y Steinbeck. Amén.

Los preparativos.-

La organización del viaje tenía su complejidad. Se encomendó a una agencia lo relativo a la obtención de los billetes de avión, el alquiler de los vehículos y la estancia en los hoteles. En la tramitación se cometieron, al parecer, errores que provocaron situaciones incomodísimas y a punto estuvieron de ocasionar graves consecuencias, que, si se evitaron in extremis, fue gracias a la hábil y eficaz intervención de uno de los integrantes del grupo. Como lo pasado pasado está más vale olvidarlo cuanto antes, aunque no estaría de más hacérselo saber a los incompetentes gestores.

Los viajeros.-

Ya he dicho que seríamos diez los viajeros. Podía relatar sus aventuras llamándoles por sus nombres, pero se trata de personas demasiado normales, del montón, corrientes y molientes, y con gente así no se puede ir a ninguna parte. Por eso decidí transformarles; una transformación, es cierto, mínima, solo de apariencia, puro ropaje, aunque no insignificante. Decidí darles nombres nuevos. Se los pediría prestados a Steinbeck y a John Ford, salvo en el caso de la más pequeña de la tribu y de las dos madres que en Los Ángeles tomaron el camino del sur. Estas ya se habían rebautizado a sí mismas cuando, al decidir la separación transitoria, una de ellas hizo el siguiente comentario: “Como Thelma y Louise, pero sin Brad Pitt y con dos criaturas”. Pues bien, serían Thelma y Louise, aunque doy mi palabra de honor de que nunca supe quién era una y quién la otra. Para los demás buscaré en los personajes reales algunos rasgos de los de ficción y, si no los encuentro, los inventaré, que para eso soy el relator y no hay relator que no tenga un punto de mentiroso.

Siguiendo el orden inverso de edad, a la más joven la llamaré Judith. La exultante emoción con que se subió a la grupa de *Gavilán* en Salinas me trajo a la memoria al pequeño Jody y su infinito amor por su pony colorado, pero Jody es un nombre de varón y ella es una niña. Así que lo cambiaré por el de Judith, que se le parece y, además, repito, soy el relator y hago lo que quiero.

El niño será Caleb. La tragedia que el personaje de *Al Este del Edén* desencadena al final de la novela con su perturbada reacción no es más que la consecuencia del amor y la admiración que siente hacia su padre, amor y admiración en los que no le va a la zaga el Caleb real, si bien en su caso no sea origen de ninguna desgracia.

La niña mayor bien puede equipararse por sus desvelos en el cuidado de los más pequeños con la sufrida madre de Coyotito. Será, pues, Juanita.

Viene luego Lee, sabio filósofo como el servidor de Adam, que, como nadie, comprende lo que está sucediendo en la granja y en la tribu.

Le sigue Ringo. No porque el personaje real sea un vaquero perseguido por la justicia, sino por la habilidad y la audacia con que sacó de apuros a la diligencia por las endemoniadas curvas de Big Sur. Aunque, bien pensado, visto con su negro sombrero Stetson en las áridas tierras de Arizona, pudiera pasar sin mayores problemas por un auténtico llanero solitario.

El cuarto de los jóvenes varones se llamará Mack. Es una de las grandes creaciones de Steinbeck. Mack es un entrañable granuja, líder de una tropa de incorregibles bebedores, capaz de convencer a quien se le ponga por delante cuando se lo propone, aunque la propuesta finalice casi siempre en una magnífica catástrofe. El Mack real ni es bebedor ni organiza catástrofes, pero su capacidad de persuasión nada tiene que envidiar al simpático vecino de Cannery Row y así lo demostró en situaciones hartamente complicadas.

Quedamos ella y yo, dicho al romántico estilo. Ella será Dallas, la viajera despreciada de La Diligencia y uno de los personajes femeninos señeros en la historia del cine, genial creación del divino Ford; ella llena la película con su humanidad y sus silencios; sin ella la diligencia donde viajan por las praderas del Oeste sería una caja vacía. Qué más da que hubiera sido una mujer de vida airada. Si no le importaba a Ringo Wayne Kid, ¿por qué iba a importarme a mí?

Yo seré Buck, el conductor miedoso y gritón. Al fin y al cabo siempre soñé con conducir las caravanas de pioneros por el lejano y salvaje Oeste, preferentemente camino de Oregón. Que en lugar de viejos carromatos se trate en este caso de una diligencia poco importa y para una vez que se me presenta la ocasión no voy a desaprovecharla.

Las razones del viaje.-

¿Por qué y para qué viajamos? Los adultos no siempre lo tenemos claro. Motivos y finalidades forman una especie de magma confuso, informe, imposible en pocas ocasiones de explicar. Aunque quizá esté exagerando y la cosa sea mucho más sencilla; quizá lo único que nos lleva a viajar es el hecho de estar hasta las narices de contemplar siempre el mismo paisaje, sea físico, humano, cultural o social y que queramos escapar de él, cambiarlo por otro, aunque sea de forma transitoria. Y, desde luego, viajamos, como he dicho antes, para contarlo. Un viaje que no se pueda contar, aunque los destinatarios del relato sean las piedras, es un viaje frustrado.

En el caso de los niños la cosa cambia, porque ellos sí que lo tienen claro. Al menos lo tenían claro los que integraban nuestra expedición. Estas eran sus razones:

Judith:



-Iré a California. Aunque sea a gatas, iré a California. Quiero ver, así sea por última vez, a *Gavilán*, mi pequeño potro colorado. Quiero volver a acariciar su lomo suave, su recia crin, antes de que la lluvia asesina lo sorprenda en el corral. Si hace falta, cruzaré a gatas el Atlántico. Entraré en América por la costa de Virginia y, sin detenerme, iré hasta Oklahoma para ver si puedo unirme allí a alguna familia de

okies, arrancados de su tierra y empujados hacia el oeste por el viento, el polvo y la codicia. Si no, siempre habrá algún motero barbudo y estafalario que me lleve. Y, si tampoco esto es posible, iré a gatas. A gatas atravesaré por la ruta 66 el desierto; lo haré de noche, como Tom Joad y su familia, porque de día no hay quien aguante ese infierno. No me asustarán ni los siniestros dientes negros de la sierra que corta el horizonte ni los huesos reseca-



que cayeron en el camino. Pediré cobijo en los campamentos de los desplazados. Llegaré hasta muy cerca del otro mar. Abrazaré de nuevo a mi pequeño potro colorado, me subiré a su grupa, daremos un corto paseo por los pastizales que rodean la granja y luego descansaré.



Caleb:

-Yo también iré a California. Le llevaré a mi padre el regalo prometido. A ver si esta vez lo acepta. Le llevaré también el último adiós de mi hermano, que me entregó manchado de zumo morado mientras se desangraba entre vides mustias al norte de Francia. Espero llegar a tiempo.

Iré en un carguero a Nueva York y desde allí me dirigiré en tren a Connecticut para visitar la casa de mi abuelo –mi tramposo abuelo- y saludar a mi tío Charles. Me gustaría saber qué sucedió entre él y mi padre, aunque me temo que nadie me lo va a contar. Partiré después hacia Colorado, pero esta vez intentaré colarme en algún vagón vacío de un tren de mercancías; no me sobra el dinero. En Denver me espera el loco Moriarty y su amigo, y juntos iremos hasta San Francisco, si es que para entonces no han cambiado de opinión y cuando llegue no están ya camino de México. En Frisco me subiré a un ómnibus que me llevará a King City, donde pediré un coche prestado a mi antiguo socio Will Hamilton, en el que, por fin, llegaré a la granja. ¡Qué ganas tengo de ver al viejo!



Juanita:



-¿Queréis callaros un momento, enanos presumidos? ¿A dónde esperáis llegar vosotros solos?

Claro que conseguiréis vuestro propósito. Tú, mocosa, verás de nuevo a tu pequeño potro y echarás de su cuerpo el mal que lo está matando. Y tú, aprendiz de bailarín, podrás abrazar a tu padre, que esta vez sí aceptará con orgullo tu regalo. Tan feliz lo harás que también él se olvidará de su mal y volverá a recorrer su granja para ver crecer el trigo y florecer los frutales.

Se cumplirán vuestros deseos porque yo estaré con vosotros. ¿Qué haríais sin mí? Yo os cuidaré. Ni el aguijón de los alacranes ni las zarpas de los osos ni los colmillos de los pumas podrán haceros daño porque yo estaré allí para impedirlo. Yo os protegeré del frío que por las noches baja desde las estrellas y del fuego que envía el sol y que calcina hasta las piedras, nada digamos de vuestra delicada y pálida piel. Haré enmudecer a los coyotes y acallaré el chillido nocturno de los búhos. Yo detendré las balas de los forajidos y las flechas envenenadas de los cortadores de cabelleras.

No sé cómo llegaremos hasta el desierto de Arizona, pero sí sé que allí, en la soledad roja de la tierra, nos estará esperando una diligencia tirada por seis caballos conducidos por un viejo miedica y chillón, que os llevará, y a mí con vosotros, hasta vuestro destino. En ella tendremos de compañeros a personas inmortales.

Pero no termina ahí nuestro viaje. He de seguir, y vosotros iréis conmigo, hasta el mar que baña otra tierra, más al sur, más cálida y más dura. Tenemos que buscar una perla grande y perversa y esconderla para que nadie la encuentre. Tenemos que salvar a mi Coyotito del desvarío de su padre. Así que, ¡venga!, dejad vuestras fanfarronadas para mejor ocasión y dadme la mano, que el camino es muy largo y el tiempo apremia.



El itinerario.-

El itinerario estaba vinculado a los puntos concretos de interés que habíamos decidido visitar. Estos eran Los Ángeles, el Gran Cañón del Colorado, Yosemite, San Francisco y Big Sur. Desde la zona del Gran Cañón algunos expedicionarios se acercarían a Monument Valley. En nuestros cálculos estaba también una escapada a Las Vegas, pero, como se verá, no fue posible. Una vez diseñado el viaje en grandes líneas, nos pareció conveniente que la sección más joven sustituyese la visita al Gran Cañón por la de San Diego, ante el temor de que el calor previsto durante el tránsito por el desierto de Mojave le resultase excesivamente penoso, temor que, como se pudo comprobar, no estaba justificado.

Definido el recorrido, había que fijar los lugares concretos de estancia, con independencia de los hoteles. Estos fueron: Pomona en el área de Los Ángeles, Williams en Arizona, Chula Vista en la zona de San Diego, Groveland y Big Sur. Desde Los Ángeles visitaríamos, obvio es decirlo, Los Ángeles, que ya da bastante de sí para mucho más de dos días; el camping de Williams serviría de campamento base para visitar el Gran Cañón, Monument Valley y la legendaria ruta 66; utilizaríamos el camping de Groveland para conocer y recorrer lo que nos fuera posible del Parque Nacional de Yosemite y, por último, con base en Big Sur nos acercaríamos a Salinas y Monterey para rendir homenaje a Steinbeck, visitaríamos San Francisco y recorreríamos la ruta 1 para admirar el impresionante paisaje que la rodea.

El calendario.-

Y ahora, el calendario inicialmente previsto. El 10 de agosto, llegada a Los Ángeles desde Madrid, con escala en Atlanta; el 11, estancia en Los Ángeles; el 12 un grupo partiría hacia Williams, haciendo parada en el entorno de Las Vegas, y el otro iría hacia Chula Vista; el 13 el grupo de Williams visitaría Las Vegas y el día siguiente llegaría a Williams, donde tenía previsto permanecer hasta el 18; el grupo de Chula Vista estaría en esta localidad hasta el 17; ambos grupos saldrían en esas fechas (17 y 18) hacia Groveland, donde la expedición al completo tenía contratada la estancia a partir del día 20 hasta el 24, en que partiríamos hacia Big Sur; aquí, hasta el 29; desde Big Sur, vuelta a Los Ángeles y el 30, rumbo a Madrid.

Esto era lo previsto, pero el programa inicial sufrió alguna variación. Obligaciones laborales hicieron que el décimo viajero no pudiera incorporarse hasta el día 13; como formaba parte del grupo de Williams, este hubo de esperarle en el camping de Pomona, todavía dentro del área urbana de Los Ángeles. Esto supuso abandonar toda esperanza de darnos un garbeo por Las Vegas.

Otra alteración inesperada tuvo como causa algo mucho peor. Uno de los viajeros perdió su mochila, probablemente en el hotel. Si se la robaron sin más,

aprovechando un descuido, o si primero quedó olvidada y luego se la robaron es posible que nunca se sepa. Lo cierto es que se quedó sin ella y sin los valiosos objetos y documentos que contenía, entre ellos, dos pasaportes. Por lo que al desarrollo del viaje se refiere, la pérdida supuso, amén de las inevitables gestiones ante la policía, una escapada desde Groveland a San Francisco y la partida de Big Sur hacia Los Ángeles un día antes de lo programado.

Los campings.-

Con el itinerario y el calendario decididos, quedaba por elegir los campings. Estos fueron, en la zona de Los Ángeles, el *Los Ángeles/Pomona Fairplex KOA*, cerca del borde este de esa inmensa ciudad de ciudades que es Los Ángeles; en la de San Diego, el *San Diego Metro KOA*; en Williams, el *Grand Canyon / Williams KOA*; en Groveland, el *Yosemite Pines RV Resort*; en Big Sur, el *Riverside Campground & Cabins*. En el tránsito de Williams a Groveland pasamos la tarde/noche en el *Orange Grove RV Park*.

Todos los campings, salvo el de Big Sur, ofrecían un equipamiento básico muy completo: cada parcela contaba con un sistema de toma de agua, de energía eléctrica y de vaciado de las aguas sucias individuales, lo que comportaba disponer de agua corriente y de desagüe de forma continua, como en casa. En la parcela había también una mesa de considerable tamaño, con bancos fijados a ella, así como una barbacoa. En el camping de Big Sur descubrimos con desagrado que no solo carecía de un sistema individual de vaciado de las aguas sucias sino que tampoco lo tenía colectivo; el más próximo estaba a unos cincuenta kilómetros por una carretera endiablada; como tampoco disponía de fregaderos, lo que no poca gente hacía era lavar los cacharros en grifos normales, vertiendo las aguas sucias, los detergentes y lo que se terciara al camino y de este al río que discurría pegado al camping. Exquisita protección del medio ambiente.

Los vehículos.-

Como ya he dicho, desde España habíamos alquilados dos automóviles y una autocaravana. Los tres vehículos que nos entregaron se encontraban prácticamente nuevos y todos disponían de cambio automático y regulador de velocidad; por propia experiencia parece aconsejable utilizar con sumo cuidado este último en la autocaravana. Los coches –un Chevrolet y un Nissan- eran de mediano tamaño y venían provistos de un equipo de navegación, imprescindible para circular con comodidad, al menos por Los Ángeles. Para la autocaravana nos servimos del que habíamos llevado de España. Junto con los vehículos nos proporcionaron en alquiler tres asientos para los pequeños.



Una breve descripción de la autocaravana: del tipo capuchina, fue alquilada a la compañía Cruise America. Sobria, pero completísima y sumamente cómoda; en ella podían dormir sin problema cinco personas, siempre que una de ellas no fuese muy alta; era más amplia que las europeas (al menos, las que yo conozco), por lo que no había la menor sensación de agobio en su interior y estaba equipada con todo lo necesario para vivir en ella confortablemente.

Ya es hora de comenzar de una vez con el relato.

Día 10 de agosto. Madrid-Atlanta-Los Ángeles.-

En el control de inmigración del aeropuerto de Atlanta la policía retiene a Thelma (quizá fuese a Louise). Con ella se van Ringo y Juanita. Incertidumbre y nerviosismo en el grupo. Al cabo de unos veinte minutos los vemos bajando sonrientes por una escalera. Le habían hecho tres preguntas intrascendentes y para ello no tuvieron inconveniente en montar un espectáculo y provocar las lágrimas de la niña. El control de seguridad es exhaustivo, hasta el extremo de obligarnos a descalzar a la pequeña Judith, aunque no es de extrañar porque con su año a cuestas, con su permanente sonrisa y con su indomable decisión de ir a gatas hasta los confines del mundo tiene una pinta de terrorista que mete miedo.



Llegamos por la tarde-noche a Los Ángeles. La formalización del alquiler de los dos coches se eterniza y surge el primer contratiempo. El viejo Buck había dejado olvidado en Asturias el cargador del GPS, imprescindible para poder utilizar el aparato. Menos mal que, al menos, los dos coches vienen con el suyo incorporado. El problema quedó solucionado al día siguiente en una estación de servicio, en la que se vendían cables para todo tipo de artilugios.

El agotamiento, tanto físico como mental, con que nos presentamos en la recepción del hotel era el estado común a todos los “mayores”. Alivio impagable en ese estado resultó la admirada observación de Caleb al vernos a todos con nuestras maletas, nuestras mochilas y nuestro derrengamiento. “¡Qué familia tan grande somos!”, dijo. Y eso que faltaba el chino Lee.

Día 11. Los Ángeles.-

Que viajar con niños no es lo mismo que hacerlo sin ellos es una obviedad tan elemental que al mismísimo Pero Grullo le avergonzaría formular. A los niños les importan un ardite los mitos que poco a poco hemos ido fabricando, con sus dioses y sus héroes. Les importa un ardite las costumbres de los demás, cómo viven y lo que han construido para vivir y para relacionarse; les tiene sin cuidado Hollywood y sus estrellas, el espectáculo de sus autopistas, que a veces produce vértigo, Blade Runner o las andanzas de Marlowe. Lo que los niños de ahora buscan –eso le parece al relator– son los entretenimientos ruidosos y elementales que proporcionan los parques de atracciones y las pantallas, sean de la televisión o del ordenador. Para eso, en Los Ángeles nada mejor que Disneyland, que, si queremos ser precisos, no está en Los Ángeles sino en Anaheim, condado de Orange, pero que, junto con el resto de ciudades limítrofes forma esa megalópolis que, con mayor o menor fortuna, llamamos Los Ángeles. Judith ni siquiera necesita eso. Es tan pequeña que le basta con mirar a su madre y tener una superficie para gatear.



En Anaheim teníamos el hotel cerca de Disneyland y hacia allí se fueron Thelma (o Louise), Ringo, Juanita y Caleb. Los demás dedicamos el día a dar una vuelta por la ciudad, recalando en la playa de Santa Mónica, donde, conforme reza el cartel, finaliza la ruta 66, cosa que, según parece, es más que discutible. Almuerzo en un restaurante de estilo de los años 50 del pasado siglo, naturalmente, en el que la mayoría de los clientes tenía el aspecto de vagabundos jubilados.

Día 12. Los Ángeles-San Diego.-

Los Ángeles-Camping de Pomona.

Es el día de la separación temporal. Thelma, Louise, Juanita y Judith parten hacia San Diego y el relator se abstiene de narrar sus aventuras.

Los demás nos fuimos a recoger la autocaravana en Carson. Nos dijeron que la estrenábamos y eso parecía.

En Carson y hasta el camping de Pomona –todo dentro del área de Los Ángeles– Ringo fue el primero en tomar las riendas de esta diligencia y llevarla a través de las peligrosas praderas con forma de autopista, rodeado no de indios feroces sino de miles de correctísimos conductores de todo tipo de vehículos a cada cual mayor. Al viejo Buck le dio miedo internarse así, de sopetón, conduciendo el voluminoso carromato en esa para él peligrosa jungla y alegó como excusa que no llevaba el calzado adecuado. Aunque quizá no le faltase razón.

Ya en el campamento, Mack advierte la desaparición de su mochila. Todos, salvo, afortunadamente Caleb, nos percatamos de la gravedad del hecho. Llamadas reiteradas al hotel y a la empresa de autocaravanas y siempre la misma respuesta: “aquí no está; no sabemos nada”. Ya convencidos de que la cosa era irremediable, el paso siguiente obligado era denunciar lo sucedido a la policía y solicitar la atención de las autoridades consulares. Así se hizo y comenzó de ese modo un proceso de reparación, en la medida de lo posible, del daño, que podemos a estas alturas decir que tuvo un final, dentro de lo que cabe, feliz.



Día 13. Los Ángeles.-

Ringo decide darse una vuelta por su cuenta por la ciudad. Mack y el relator se fueron también después del mediodía al centro, con la doble finalidad de agotar la búsqueda de la mochila y recoger en el aeropuerto a Lee. Entre uno y otro quedaba tiempo para dar un paseo por esa fábrica de sueños y de fantasmas que es –que era– Hollywood. Recorrido por la acera estrellada del boulevard de la fama, llena de nombres de viejos conocidos. Por el entorno del teatro Kodak pululan algunos miembros de la farándula.

En el camping se quedaron la abuela Dallas y Caleb. Tenía piscina, no había problema.

El chino Lee llega un poco más tarde de la hora anunciada y con él nos volvemos al campamento. El último intento de recuperar la mochila resultó estéril, como ya habíamos presentido.

Día 14. Pomona-Williams.-

El campamento de Williams, en Arizona, elegido como base para la visita al Gran Cañón y la expedición a Monument Valley, se encuentra a 600 kilómetros largos de Pomona y en él teníamos reservada la estancia a partir del día 14. Hacia allí nos dirigimos de madrugada Caleb, Mack, Lee, Dallas, Ringo y Buck, el relator. Los tres primeros en el Chevrolet, los demás en la diligencia. Quedamos en vernos sobre la hora del almuerzo.

La distancia no permitía muchas demoras; sin embargo, había dos cosas que no podíamos pasar por alto: entrar en contacto con la ruta 66 y visitar Newberry Springs, el lugar donde se había rodado Bagdad Café.

Para llegar a Williams desde Pomona a través del desierto de Mojave hay que tomar en Barstow, a poco más de 80 kilómetros de abandonar el área de Los Ángeles, la autopista interestatal 40, que por aquí se llama Needles Fwy. Después de aproximadamente 30 kilómetros, una salida de la autopista nos pone en contacto (primer contacto, si excluimos el episodio de Santa Mónica) con la carretera 66.



La ruta 66 forma parte de la mitología de USA y no hay viajero que visite estos pagos que consiga sustraerse a su, digamos, embrujo. Nace –nacía, pues hoy está descatalogada- en Chicago y muere en Los Ángeles, aunque parece que nunca llegó hasta el Pacífico. Hoy solo quedan de ella algunos retazos, ya que sobre su trazado original se han construido otras carreteras; en nuestro camino hacia el Gran Cañón ha sido reemplazada en su mayor parte por la Interestatal 40. Sirvió de escenario, de argumento o de pretexto a escritores, directores de cine y cantantes. Su historia evoca, sobre todo, caravanas de campesinos desplazados desde los estados del centro del país, en especial, Oklahoma –y por eso su nombre de okies- hacia California, empujados por las tormentas de viento y la avidez depredadora de los bancos, allá por los años 30. Es uno de los mudos protagonistas de *Las uvas de la ira*. Steinbeck la llamó “carretera madre” y aún conserva tan honroso título. Hoy todavía pueden verse en alguno de los pueblos por donde pasa moteros estrafalarios tomando cerveza.

A pocos kilómetros de la salida a la ruta 66 se encuentra Newberry Springs. Aquí se rodó Bagdad Café, al haber desistido de hacerlo en la localidad de Bagdad, por el insoportable calor que –se dice- hace allí. Como se trata de una de nuestras películas favoritas, visitamos el lugar para rendirle homenaje. Allí seguía todo: un destartado establecimiento, que era a la vez hotel, tienda, bar, lo que hiciera falta, rodeado de dos viajes caravanas y de una carretera por donde no pasaba nadie; en una de las caravanas se alojaba (en la película, claro) un alucinante Jack Palance. No teníamos tiempo para una visita prolongada. Me asomé al bar. Media docena de parroquianos tomaba café en silencio.



El desierto de Mojave se ofrece a la tripulación de la diligencia hosco y ceñudo. Piedras negras, vegetación raquítica y quemada, un sol de justicia, larguísimas rectas por las que circulan camiones gigantescos y grupos de motoristas sobre las inevitables

Harley-Davidson. De vez en cuando de entre los matorrales sale, taimado, un coche de la policía. Hay avisos de vigilancia del tráfico desde aviones. En un área de servicio atiborrada unos carteles advierten sobre la presencia de serpientes.

Nos detenemos para almorzar en un restaurante mejicano en Needles, cerca ya de Arizona. Aparcamos la autocaravana al otro lado de la carretera y, al cruzar esta, nos parece estar pasando por las mismísimas calderas de Pedro Botero. Hay un único cliente en el local, que está atendido por un joven mal encarado. Apenas probamos la comida.

Entramos en Arizona a través de un puente sobre el río Colorado. Ya pasado Kingman, la carretera va ascendiendo poco a poco y, a la vez que asciende, la vegetación se va haciendo más tupida y más verde, hasta llegar a la meseta donde se encuentra Williams rodeada de espléndidos pinos.

El campamento es de tierra rojiza y ligeramente arbolado. Nos asignan una parcela entre dos vehículos descomunales. En esta hora del atardecer el horizonte nos regala una puesta de sol espléndida, que el chino Lee immortaliza en su máquina.



Día 15. El Gran Cañón.-

Hoy toca el Gran Cañón, cuyo borde sur está a unos 50 kilómetros de Williams. El grupo se divide en dos: Ringo, Mack y Caleb irán en tren. En la estación, antes de partir, les ofrecen un espectáculo ambientado en el salvaje Oeste, con malos y buenos, un sheriff más bien pasmado y unos caballos que no saben a dónde mirar. Los demás nos vamos en el coche.

Asomarse al inmenso tajo del Gran Cañón produce vértigo. Si todo en USA es grande, aquí la inmensidad sobrecoge. Paredes colosales cuyo final (o principio) no acaba de verse nunca; pirámides rocosas adornadas de cenefas de distintos colores, producto de los sedimentos que se fueron acumulando a lo largo de millones de años. A lo lejos, entre dos angosturas se percibe una pequeña mancha amarillenta; es lo único que desde aquí se puede ver del río Colorado.



Un pasillo recorre el precipicio entre árboles torturados por el viento y el sol. A medio camino recibimos la visita de una ardilla, que nos observa curiosa, y de un ciervo marcado por una cicatriz. Hay un sendero que baja en zigzag por una pared casi vertical; es posible que llegue hasta el río. Ringo se quedó con las ganas de recorrerlo, pero no había tiempo.

Dicen los expertos que la profundidad de la hendidura permite conocer dos quintas partes de la vida de la tierra. A lo largo del sendero se han ido colocando trozos de mineral que corresponden a los distintos períodos de formación del planeta. Uno al que han llamado Vishnú tiene mil setecientos millones de años. Tratándose de un dios, parecen pocos.

Para el regreso, Ringo opta por volver en el coche y Buck lo hace en el tren. En el vagón se organiza un entretenido espectáculo animado por la revisora y un cantante country. Poco antes de llegar a Williams unos forajidos con el rostro cubierto por un siniestro pañuelo negro asaltan el tren, pero que no cunda el pánico: el cachazudo sheriff se encarga de ponerlos a buen recaudo, mientras Caleb nos descubre su desconocida faceta de bailarín infatigable.

Día 16. Williams-Monument Valley.-

Lee, Ringo y Buck se van a Monument Valley y el resto destinará la jornada a dar una vuelta por Williams y sus alrededores.

Monument Valley se encuentra a caballo entre los estados de Arizona y Utah y se accede a él por este último. El territorio que recorre la carretera hasta allí presenta un aspecto inverso al seguido para llegar a Williams. Al norte de Flagstaff la vegetación se va haciendo poco a poco más rala, más raquílica y más pálida hasta casi desaparecer. La carretera es cómoda, llana y poco concurrida. En las proximidades de Cameron se entra en territorio navajo, tribu que tiene encomendada la gestión del Parque. Dicen que estos indios nunca miran a los ojos de sus interlocutores. En nuestra fugaz estancia entre ellos no nos hemos podido fijar en ese detalle, pero sí en la belleza serena de sus mujeres.

Por mucho que se haya visto en películas, documentales o fotografías, uno no puede evitar sentirse atrapado por la rígida belleza de Monument Valley; por los caprichos de sus peñas rojas que aquí y allá se han ido labrando a través de milenios; por la sensación de soledad que transmite a pesar de los turistas que recorren sus pistas de tierra. Pero Monument Valley, al menos para el relator, es mucho más que un desierto sembrado de esculturas rojas sobre un tapiz del mismo color. Es, además y sobre todo, el lugar donde viven todavía los fantasmas de muchos de los dioses de su juventud; es un olimpo mudo, donde, pese a su silencio, todavía puede escuchar el galope de los caballos, el traqueteo de la diligencia, la trompeta del ejército, los disparos de los rifles, los rugidos de los apaches, los seductores argumentos de Doc para conseguir otro trago de whisky, la voz chillona de Buck el medica. Como cada uno da cobijo a sus dioses donde quiere, poco importa que la famosa escena de la persecución de la diligencia haya sido rodada en el lejano Mojave. Lee no se cansa de fotografiar todo lo que se pone a tiro de máquina.



A la vuelta, una parada en Cameron sirve para comprar un disco de música de vaqueros y una estrella de sheriff para Caleb.

Día 17. De nuevo la ruta 66.-

Dedicamos la jornada a visitar algunos pueblos por donde pasa lo que queda de la ruta 66, como Williams, Ash Fork o Seligman. Su calle principal, que coincide con la mítica carretera, semeja un decorado hecho a propósito para una road movie, y no se sabe bien si son las calles las que imitan el decorado o si se trata de lo contrario. Las de Williams y Seligman están llenas de vida, en tanto que la de Ash Fork, al menos durante nuestra visita, se encontraba más bien mortecina.

Almorzamos en compañía de un grupo de vaqueros en un restaurante que exhibe con cierto descaro algunas de las virtudes de la sociedad americana que muchos consideran más bien poco atractivas, como su amor al ejército o el orgullo de sus soldados. Lee se siente incómodo.



Día 18. Hacia Groveland. Bakersfield.-

El tránsito hacia Groveland nos llevará dos días. De nuevo el desierto. En Needles el relator se acuerda de la familia Joad, que decide atravesar el Mojave por la noche y poder así defenderse del sol inclemente.

Viaje sin historia. Hacemos noche en un excelente camping, en los alrededores de Bakersfield.

Día 19. Bakersfield-Groveland.-

En la diligencia solamente vamos los dos conductores, Ringo y Buck. A partir de Bakersfield el desierto da paso a las primeras plantaciones de frutales y maizales; comienzan a verse algunos viñedos. Por estos parajes finalizó el larguísimo viaje de los temporeros de *Las uvas de la ira*. No muy lejos, en Arvin, construyó el gobierno uno de los campamentos destinados a acoger a estos desplazados forzosos.



Poco antes de iniciarse la subida que conduce a Groveland nos encontramos circulando entre pastizales por una carretera estrecha y solitaria. Quizá nos hayamos equivocado.

A Groveland se llega después de ascender una especie de puerto, por una carretera retorcida, rodeada de monte bajo. El campamento se encuentra a unos kilómetros más allá del pueblo. Aquí, repartidos entre un bungalow, una tienda y la autocaravana vuelve a estar la expedición al completo.



Día 20. Yosemite. El valle-

Todos al Parque de Yosemite. Mientras tomamos un café en el camino, recibimos la visita de una mantis religiosa, cuya presencia, pese a su pequeño tamaño, causa cierta desazón, quizá por su siniestra manía de devorar al macho después de la cópula.

Antes de llegar al valle un mirador situado en un recodo de la carretera nos permite saludar al Capitán, adusto vigía y, más allá, al imponente Half Dome; del primero dicen que es el acantilado más alto del planeta. Dejamos los vehículos cerca de Yosemite Village y pasamos el día paseando por sus alrededores. En un pequeño río se bañan Juanita y Caleb. Picnic a la



sombra, a base de hamburguesas; no me gustan nada; quizá sea lo que menos me gusta de USA.

Paredes verticales de roca clara, tupidos bosques de pinos altísimos, cascadas que caen desde la altura, de escasa agua en esta época del año, un río modesto y silencioso. En el valle de Yosemite te apabulla, te acoquina, la grandeza de su entorno. Mucha gente.

No hay publicación referida al Parque que no hable de sus temibles osos: te aconsejan lo que has de hacer y no has de hacer si te tropiezas con uno (a mí, salvo rezar, no se me ocurre nada); te recuerdan que los osos son glotones y golosos, luego cuidado con la comida, y mil advertencias más, consejos y advertencias innecesarios, porque, de los osos, ni el menor rastro.

Quien sí se tropezó con osos fue Steinbeck, pero no en Yosemite sino más arriba y más al este, en Yellowstone. Relata el hecho en *Viajes con Charley*. Sirvió el encuentro para descubrir lo feroz que puede llegar a ser un perro cobarde cuando las circunstancias lo exigen.

Día 21. Holganza.-

Hoy toca haraganear por el camping. El día se presenta soleado y somnoliento; la piscina te invita a darte un remojón y la sombra de los pinos, a leer y a dormir.

Mack, Caleb y Thelma (o Louise) han de ir a San Francisco debido a los trámites que requiere obtener unos nuevos pasaportes.

Día 22. Yosemite. Glacier Point.-

De nuevo a Yosemite, esta vez con Dallas, Ringo y Lee.

Elegimos como destino la cresta de Glacier Point, quizá el lugar desde donde se ofrezcan al curioso las mejores perspectivas de todo el Parque. La vista desde aquí abarca un amplísimo abanico de cumbres peladas, de entre las que destaca la curva truncada de Half Dome. A nuestros pies, en vertical, puede verse el valle en el que habíamos estado un par de días antes; a lo lejos una cascada blanca parte en dos el gris y verde de una pared colosal. Una infatigable multitud de japoneses no cesa de hacer fotografías de forma compulsiva. A ella nos sumamos.



Después de tomar un tentempié al arrullo de un arroyo, Ringo y Lee deciden bajar al valle por un sendero, que atraviesa una pared casi vertical y uno, que ya no está para este tipo de hazañas, siente vértigo solo de pensarlo. Creo que en algunos tramos las pasaron canutas. Me asalta un ligero temor a que se tropiecen con un oso. No hubo tal.

Los recogimos en el coche por la tarde, sanos y salvos.

Día 23. Yosemite. Las secuoyas.-

Para contemplar las secuoyas las guías nos llevan hasta Wawona, en el sur del Parque y desde allí, al Mariposa Grove. Mack y Judith se quedan en el camping.

Las secuoyas son árboles gigantes de corteza roja y algunos viejos, muy viejos. Los hay que viven desde mucho antes de que Asturias entrase en la historia; a los más antiguos, el Grizzly Giant, por ejemplo se les atribuye unos 2.700 años de vida, es decir que, decenio arriba o abajo, la misma que, tendrían hoy Homero o Rómulo y Remo, los fundadores de Roma. Uno se siente un enano insignificante ante su majestuoso, impresionante, porte.



Steinbeck no puede ocultar el asombro que le produce la vista de estos cíclopes de madera para los que no ahorra calificativos (“árboles sagrados”, “monumentos majestuosos”, “soberanos indiscutibles”). El relator nada puede añadir.

Se recorre el bosque a pie por un sendero en cuesta y puede hacerse también en un pequeño tren tirado por un poderoso vehículo. Dallas, Buck y Lee afrontan animosos la visita a pie, pero a mitad de camino los dos primeros consideran que ya han visto lo suficiente y deciden dar la vuelta, aunque lo que sucede es que su edad proveya no les permite demasiadas alegrías andarinas. Los demás prefieren el tren.

También en una especie de tren remolcado por un tractor dan un paseo por el camping, ya de vuelta, Dallas, Juanita y Caleb. Estos últimos saludan a cuantos acampados encuentran en el camino, que les devuelven el saludo con expresión más bien hurafña. El tren está conducido por un veterano empleado de la OTAN.

Día 24. Hacia Big Sur.-

La carretera se retuerce en curvas tortuosas hasta que llega a la llanura que conduce a San Francisco y al mar. Pasa cerca de Salinas, bordea Monterey, atraviesa Carmel, donde parece obligado tener un recuerdo para el gran Clint Eastwood, el que fuera su alcalde más famoso, y entra en la costa de Big Sur con un trazado diabólico. Aquí ya es la ruta 1, que recorre gran parte de la costa californiana. Es estrecha, también retorcida y discurre junto a acantilados de vértigo. Para colmo, en no pocos tramos está cegada por una niebla espesa que viene del Pacífico; esto exige sujetar las riendas de la diligencia con mano firme y olvidarse de admirar el extraordinario paisaje que la rodea.

El camping, hundido en un valle angosto y sombrío, nos depara una desagradable sorpresa: las parcelas no tienen ningún sistema de desagüe y tampoco hay fregaderos. El resultado de estas carencias es que la higiene no sea precisamente algo que se pueda destacar. La humedad del lugar se combate con fogatas que se pueden encender en unos cuencos horadados en bloques de hormigón. Sentados a su alrededor e iluminados solamente por las llamas que producen las astillas parecemos pioneros descansando, camino de los pastos de Oregón o de las minas de California. Es un decir.



El camping está bien situado, si lo que se pretende es recorrer la costa próxima, adentrarse en la zona salvaje y escarpada que la rodea, subir hasta Carmel o bajar hasta el castillo de Hearts y saludar a los leones marinos. Es decir, está bien para visitar Big Sur y nada más. No es recomendable, creo, para excursiones más amplias. Como en

nuestro programa estaba acercarnos a San Francisco y visitar, al menos en parte, el mundo de Steinbeck, la elección del campamento no se puede decir que haya sido acertada. Eso sí, los acampados formábamos un paisaje humano de lo más variopinto, en el que no faltaban representantes de un mundo hippie, que creíamos había pasado a mejor vida. De todas formas, si nos olvidamos de algunos momentos de zozobra provocados por pérdidas que terminaron no siéndolo, la estancia resultó muy agradable.

Día 25. Big Sur. Salinas. Monterrey.-

Dallas, Thelma (o Louise), Lee, Judith y Buck dedicamos la jornada a rendir pleitesía a Henry Miller y a Steinbeck.

Recordando al primero, que vivió en Big Sur entre los años 1944 y 1962, visitamos la Henry Miller Memorial Library, centro cultural creado en su memoria y que es mucho más que una biblioteca. Se encuentra en un edificio situado a unos pocos kilómetros al sur del camping, al que se llega a través de un pequeño parque decorado con estatuas que me recuerdan a Miró. Judith pasa de bibliotecas y prefiere tomar el sol gateando con un colega por una terraza de madera. A menos de medio kilómetro está el restaurante Nephente; desde sus terrazas se ofrecen espléndidas vistas sobre el mar, la costa escarpada y la niebla.



Sin tiempo que perder, nos vamos a Salinas, ubicada en una rica zona agrícola, cerca de la bahía de Monterey. Aquí nació Steinbeck en 1902 y vivió sus primeros años. Pasamos un buen rato recorriendo el Nacional Steinbeck Center, contemplando los objetos que recuerdan la obra literaria del escritor y haciendo fotos como posesos. Sin duda alguna, quien más disfruta es Judith, subiendo incansable una y otra vez a la barca de *La Perla*, trepando a la grupa de su queridísimo potro colorado y escudriñando curiosa todos los rincones. Para los demás, desde luego, para el relator, el objeto más importante de los que allí se guardan es sin duda alguna *Rocinante*, la autocaravana en la que el novelista dio la vuelta a su país, preparada específicamente para ese viaje. Con ella anduvo unos dieciséis mil kilómetros a través de treinta y cuatro estados. De Nueva York a Nueva York. La describe como una cosa bella, potente y ágil. Le acompañaba un perro, un caniche francés poco amigo de meterse en líos. En América, como aquí, los autocaravanistas eran (no sé si lo seguirán siendo) gente rara, extravagante, sospechosa. Un tipo que anda por ahí, de un lado para otro, viviendo en una especie de camioneta no puede ser de fiar; sus amigos se lo hacen saber a Steinbeck y este para evitar suspicacias no se le ocurre otra cosa que llevar consigo, además de un par de cañas de pescar, una escopeta y dos rifles. Ya he citado el libro en el que relata sus andanzas, *Viajes con Charley*. Debería ser de lectura obligatoria para todo autocaravanista que se precie. Lástima que los cristales que rodean el vehículo impidan fotografiarlo como Dios manda.



Salinas es una ciudad tranquila y, pese al viento que se ha levantado, damos un corto y agradable paseo, con parada ante la casa natal del novelista, hoy convertida en restaurante.

En Monterey se encuentra Cannery Row y en Cannery Row y sus alrededores sucedieron en otro tiempo cosas muy importantes. Sucedió en la ficción, naturalmente, y las cuenta Steinbeck en novelas inmortales. Era, por tanto, forzoso dedicar lo que quedaba de día dar una vuelta por la zona. Si he de hacer caso a algunas publicaciones, creo que dejé el Chevrolet aparcado muy cerca de Tortilla Flat.



La calle es bulliciosa, no demasiado ancha, está llena de tiendas y todavía algunos edificios aparecen rotulados con el nombre de las conserveras que en otro tiempo constituyeron una floreciente actividad económica. En estas empresas trabajaron esporádicamente algunos de los magníficos truhanes que protagonizan las obras de Steinbeck. ¡Cómo me gustaría tropezarme con ellos y con Doc y con el chino Lee Chong y con las alegres chicas de Bandera del Oso y con José y María y con el viejo Jinglebelliks! Aunque me tuviese que empeñar hasta las cejas, les invitaría a todo el vino que quisieran tomar.

Me quedé con las ganas de visitar otros lugares, presentes en la realidad o en la ficción de Steinbeck. Me lo impidieron la escasez de tiempo y la intromisión inevitable de otros expedicionarios.

Una llovizna fría nos invita a refugiarnos en el coche. Judith está cansada. Es hora de regresar al campamento.

Día 26. Big Sur.-

Nos quedamos en Big Sur Dallas, Thelma (o Louise), Caleb, Judith y el relator. Los demás se fueron a San Francisco. Todos, salvo Lee, volverían ese día. La jornada se presenta, por tanto, tranquila.

Bajamos con calma hasta Lucia, lo que nos permite disfrutar del abrupto paisaje. Almorzamos en una terraza sobre el mar. Por la tarde nos detenemos en un parque, el Pfeiffer, donde nos advierten de que tengamos cuidado con los pumas, advertencia que no dejó indiferente a Louise (¿quizá Thelma?), que, no sin cierta prevención, dio un corto paseo con Caleb.

Ya es entrada la tarde cuando Ringo se dirige a los demás con una pregunta rutinaria: “¿Dónde está Juanita? Es hora de cenar” “¿Y Caleb?”, esta vez es Mack. Nadie responde; nadie sabe qué es de ellos. Un ligero escalofrío recorre el grupo. El campamento está rodeado de un tupido bosque, a cuyos linderos, cubiertos de maleza, apenas llega la luz de los faroles y de las fogatas. Buck mantiene aún vivo en su memoria otro hecho, sucedido esta vez en el camping de Lisboa, más de treinta años atrás. Se había perdido un niño; a la búsqueda se unieron a sus padres angustiados todos los acampados. Buck solo recuerda que cuando desistió agotado el niño no había aparecido. No puede contenerse. “¿Dónde, carajo, están?” Todos, hasta Judith, salen a buscarlos. No han transcurrido ni treinta segundos cuando Dallas escucha una voz muy familiar: “¡Abuela!” Es Juanita. Ella y Caleb están en animada tertulia con los ocupantes de la autocaravana vecina, estafalarios donde los haya y a todas luces últimos (o penúltimos) representantes de una categoría de vagabundos bohemios, amigos, sobre todo, del alcohol y de la libertad. No sabemos cómo pueden entenderse

porque ninguno hablaba el idioma del otro. El que tiene todas las trazas de ser el jefe de la tribu dice ser mago y su mujer se presenta como algo semejante a animadora cultural, capaz de dar formas inverosímiles a globos de colores. Los tres restantes parecen recién salidos de un fumadero y no de tabaco de Virginia. A Buck le recuerdan la pandilla de moradores del Palacio de la Cabaña, en Cannery Row.

Jornada con poca historia.

Días 27 y 28. San Francisco.-

Dallas y el relator habíamos decidido dedicar los días 27 y 28 para visitar San Francisco. A tal fin, nos citamos con Lee en un hotel a la entrada de Chinatown, junto a la Puerta del Dragón, y hasta allí nos llevó sin titubeos el navegador.

El hotel no estaba mal, teniendo en cuenta que la noche salía por unos setenta dólares. El que las persianas de sus dos ventanas no cerrasen del todo reportaba algunas ventajas: que hubiera siempre claridad en la habitación y que desde ella se pudiera contemplar en cualquier momento el bullicio de la animada calle vecina y escuchar las conversaciones de los transeúntes. Claro que estos también podían verte a ti. Por otro lado, al encenderse la luz del baño se disparaba un ruido ensordecedor y el sumidero del inodoro no siempre absorbía el agua con la presteza deseable. Minucias.



Una vuelta por el barrio chino, con las inevitables paradas en las tiendas atiborradas de productos desconocidos. Una corta incursión por el mundo beat, limitada a un té en el Vesuvio Cafe y a una visita a la City Lights Bookstore. Un paseo en el tranvía a través de las calles empinadas. La niebla borra el contorno de los rascacielos. Frío.

El frío y la niebla fueron también los protagonistas del día 28 en el Golden Gate, que surgió del mar como el esqueleto borroso de un insecto gigante. Tal como se presentaba el día, mediada la mañana decidimos volver al camping, y hacia allí partimos, con escala en Santa Cruz para almorzar y estirar las piernas.

A Buck, que tiene mucho de curioso y bastante de mirón reprimido, le hubiera gustado asomarse a ese mundo de las costumbres licenciosas, como las llamarían los moralistas de antaño y algunos de hogaño, y que, dicen, abundan en San Francisco. Si esto no fuera posible, le hubiera gustado, al menos, sorprender a Sam Spade tirándole los tejos a una rubia. En ambos casos se quedó con las ganas.



Día 29. Hacia Los Ángeles.-

Se acabó lo que se daba. La aventura toca a su fin.

La familia Zoutberg Suárez había partido el día anterior para poder llegar la mañana del 29 a Los Ángeles y recoger los pasaportes. Los demás abandonamos el camping el mismo día 29; Dallas, Thelma (o Louise) y Juanita en el coche, y Ringo, Lee y el relator en la diligencia. De sacarla de la angostura de Big Sur se encargó Ringo.

Saludamos a los leones marinos cerca del castillo de Hearts, donde tomó las riendas Buck, y dimos buena cuenta de unas chuletas como Dios manda, ya próximos a San Luis Obispo. Todo ello con calma, no había prisa, teníamos todo el día. Eso creíamos.



La entrada en Los Ángeles, sea por donde sea, se las trae. Uno pierde la cuenta de los carriles que tiene la autopista; carriles atestados de miles de vehículos. Menos mal que los conductores son un ejemplo de corrección y prudencia y menos mal que Lee interpretó a la perfección las continuas indicaciones del navegador.

Llegamos al lugar donde teníamos que devolver la autocaravana sin ningún problema y en ese momento nos enteramos de que a punto había estado de producirse una situación casi catastrófica. Resulta que el local cerraba a las cinco de la tarde y nuestra llegada se produjo a las seis; resulta que teníamos que haber entregado el vehículo a las once de la mañana; resulta que solamente la providencial presencia de Mack y su capacidad de persuasión hizo que el empleado, un mejicano amable, nos esperase, porque ¿qué hubiéramos hecho con una autocaravana en una calle de Los Ángeles, teniendo que tomar el avión al día siguiente por la mañana?

Pasó el susto. Nos fuimos al hotel, donde ya estaba el resto de la tropa.

Día 30. Hacia Madrid.-

Nos llevaron al aeropuerto con una antelación de más de dos horas.

Debido a que los pasaportes de Mack y Caleb obtenidos en USA eran especiales, hubimos de pasar el control para facturar y embarcar en un puesto también especial. Apenas había Mack presentado la documentación de todo el grupo cuando advertimos que algo iba mal. Y tan mal. La empleada de la compañía aérea, una mujer joven, de fría belleza oriental, tez blanquísima, pelo del color del ébano, sonrisa a medio asomar, correcta, imperturbable, le comunicaba a nuestro portavoz que Thelma o Louise o las dos, que en esto el relator, con su torpeza habitual no se aclaró del todo, no podían subir al avión. Parece ser que en sus datos figuraba que una de ellas había hecho el viaje de ida sin billete y sin billete había entrado en USA, algo a todas luces gravísimo, que acarrearía la consecuencia (uno no sabe muy bien por qué) de que no se le permitía volver. Se trataba de un error imputable, según nuestra interlocutora, a quien nos había tramitado la obtención de los billetes, pero esto a la compañía se la traía al paio. No había nada que hacer.



Comenzó así, ante el nerviosismo y la incredulidad de toda la expedición, un combate dialéctico que debería ser narrado por alguien con más luces que el pobre Buck. Mack, persuasivo, amable, sonriente, tenaz; ella tenaz, sonriente, amable, inmutable, en permanente comunicación telefónica con algún dios invisible, lejano, todopoderoso y frío. Nos dimos cuenta de que la tenacidad de la empleada no iba dirigida a impedir el embarque sino a todo lo contrario: también ella estaba decidida a superar el problema. Era nuestra

aliada y el dios desconocido, el adversario. Por momentos parecía que la cosa se solucionaba, para acto seguido dar la impresión de que no había remedio. El combate entre Héctor y Aquiles no experimentó tantos vaivenes y es una lástima que no esté Homero para contarlos. A lo largo de las dos horas que duró la pelea el ánimo de los viajeros pasó sucesivamente por la extrañeza, la incompreensión, la preocupación, la indignación y la desesperación. Los niños se entretenían como buenamente podían, con paciencia admirable.

Próxima ya la salida del avión, nos indicaron que deberíamos ir a la puerta de embarque. Todos menos Thelma y Louise. Desolados, las dejamos solas en el campo de batalla. Fue solo un momento, porque enseguida aparecieron sonrientes. El dios omnipotente había cedido. Se había solucionado el problema y no sabemos cómo.

Caleb en Atlanta.-



Si Caleb decide mear, mea. Cualquiera que sean las circunstancias en que se encuentre, si decide mear, mea. Digan lo que digan los demás, si decide mear, mea. Aunque le supliquen que no lo haga en ese momento, mea. Aunque se le amenace con las penas del infierno si en ese momento se le ocurre hacerlo, mea. De nada sirven halagos o torturas. Solamente necesita un lugar que él considere adecuado y a tal efecto no se puede decir que sea demasiado exigente. Vale lo mismo un inodoro, un urinario, un árbol, un arbusto, un seto, un montón de escombros o el simple campo abierto. Y no se vaya creer que el impulso obedece en Caleb siempre a una necesidad fisiológica. ¡Qué va! Es en no pocas ocasiones algo más profundo y más irresistible, algo que sale de algún lugar por debajo del límite de la voluntad consciente. Mea porque quiere y no puede no querer. Lo fisiológico viene después. Es consecuencia, no causa.

Para llegar a la puerta de embarque en el aeropuerto de Atlanta teníamos los segundos contados. Hacia allí nos dirigimos en fila india, abriendo camino Mack y Ringo, los más veloces. Pasos nerviosos, rostros preocupados, corazones palpitantes. La silla en la que iba Judith, empujada por Thelma (¿o era Louise?), doblaba las esquinas a velocidad de fórmula 1.

En esto, Caleb lo ve. Descubre (nadie como él para descubrir estas cosas) el rectángulo blanco con las siluetas en negro de un hombre y una mujer, separadas por una línea vertical, y, sin avisar, hacia allí se encamina. Iba cogido de la mano de Juanita, que lo sujetaba con firmeza y sin contemplaciones, pero todo fue inútil, porque si Caleb descubre la presencia de un urinario y quiere mear no hay mano que valga. Oyó las súplicas, las amenazas, los insultos, lo halagos y hasta alguna que otra palabra gruesa como quien oye llover. Entró en los servicios, entró Mack tras él y al cabo de un minuto interminable salieron ambos, Caleb sonriente, con el pantalón ligeramente torcido. Pero la sonrisa le duró poco. Sintió que una especie de argolla le rodeaba el cuello con fuerza tal que creyó haber caído en una trampa para osos; era el brazo de Juanita, cuya mirada fiera le estaba diciendo: “Atrévete otra vez a escapar, pequeño meón”.



Cuando nos acercábamos a la puerta de embarque alguien por el altavoz estaba pronunciando nuestros nombres.



Y eso fue todo.

Nota.

Julio Cortázar y Carol Dunlop hicieron en la primavera de 1982 un viaje de París a Marsella a bordo de una Volkswagen Combi. Relatan el viaje en un precioso libro titulado *Los autonautas de la cosmopista o Un viaje atemporal París-Marsella*. Thelma y Lousie son las protagonistas de la película del mismo título de Ridley Scott, interpretadas por Geena Davis y Susan Sarandon. Jody es el protagonista de la novela corta *El pony rojo* (o *colorado*, en alguna edición), de Steinbeck; Juanita lo es de la novela corta *La perla*, del mismo autor. Caleb es hermano de Aron, ambos hijos de Adam Trask, personajes, junto con Lee y Will Hamilton, de la novela, *Al este del Edén*, también de Steinbeck. Personaje de sus novelas *Cannery Row* y *Dulce jueves* es Mack, al igual que Doc, Lee Chong, las chicas de Bandera del Oso, José y María y el viejo Jinglebelliks. Ringo Kid, Dallas, Buck y Doc (no confundir con el personaje de Steinbeck) son personajes de la película *La diligencia*, de John Ford, interpretados, respectivamente, por John Wayne, Claire Trevor, Andy Devine y Thomas Mitchell; este último ganó un Oscar por esa interpretación. La familia Joad es la protagonista de *Las uvas de la ira*, de Steinbeck. Dean Moriarty, en la vida real Neal Cassady, es un personaje de la novela *En el camino*, de Jack Kerouac. Blade Runner es una película dirigida por Ridley Scott, que se desarrolla en un Los Ángeles del futuro. Philip Marlowe es protagonista de varias novelas de Raymond Chandler. Sam Spade es el protagonista de la novela *El halcón maltés*, de Dashiell Hammett. Bagdad Café es una película dirigida por Percy Adlon. La secuoya a la que se le atribuyen 2.700 años es la llamada Grizzly gigante. Sin embargo, en este extremo las informaciones no son coincidentes. Tanto la guía *California*, de Lonely Planet, publicada en España por Editorial Planeta (p. 395) como la guía *Parques del oeste de EE UU*, de la colección TROTAMUNDOS, publicada en España por Salvat (p. 165) como numerosos artículos aparecidos en internet le atribuyen una antigüedad de 2.700 años, mientras que en el folleto que entregan en el propio Parque se indica que tiene 1.800 años.